

# Los rostros de los muertos

Petra Reski

(Fragmento)

## 1

Se deslizaba por Palermo como si fuese en un submarino. Pasó las cúpulas de la Chiesa degli Eremiti y dejó atrás la carroza procesional algo apolillada de Santa Rosalia. Pasó junto al gigantesco magnolio que arrojaba su sombra sobre las imágenes de la Madonna con las descoloridas rosas de plástico, y luego junto a la lápida que recordaba a una niña asesinada por sus padres.

A través del oscuro cristal blindado la ciudad se mostraba en blanco y negro, con cierto tinte azulado. Era como si hubieran eliminado el sonido. No se oían los chillidos de los neumáticos ni el tableteo de las Vespas, tampoco las campanadas entraban al interior del coche. Ni ningún olor. Ni el aliento cálido de África tras la lluvia. Ni la bruma del mar. Ni la descomposición.

«Dime que te excitas cuando piensas en mí», le escribió el hombre que la estaba esperando.

Había planeado esa noche como si se tratase de una operación militar. El desembarco en Normandía no había sido nada comparado con esto. Todo fluía según el plan. Y ahora estaba a punto de llegar a su destino.

—Ve despacio, Mimmo, y no pongas la luz de la sirena —dijo Serena cuando entraron en la circunvalación que los sacaría de la ciudad.

Pero en cuanto el tráfico se atascó, Mimmo encendió la sirena. Desde que la habían nombrado jefa de la unidad de búsqueda «Alessio Lombardo», su vida se había convertido en una permanente acción militar. Dos guardaespaldas, un Lancia blindado. Mimmo y Enzo, Ciccio y Peppino, que trabajaban alternándose. A veces se les unían otros que ella no conocía.

«A todo se acostumbra una», se había dicho. Solo había que seguir llevando una vida normal.

En dos ocasiones había quedado con una amiga para tomar un café en el Antico Café Spinnato de la Via Principe di Belmonte. Los guardaespaldas habían saltado del coche observándolo todo a diestra y siniestra, y solo luego le abrieron la puerta con aspaviento. La gente la miró como a alguien que se ha fugado de un hospital psiquiátrico.

El nuevo Lancia blindado había sumido a Mimmo en un estado de éxtasis. Espantando a los demás coches hacia un lado, pasaba por entre ellos con la sirena y la luz azul. A Serena el Lancia la llenó de desconfianza. Se mostraba siempre escéptica cuando alguien usaba el pretexto de protegerla.

—Sí, Mimmo, tenemos tiempo suficiente, el ferry sale cada media hora —dijo Ciccio.

—De acuerdo —dijo Mimmo, pero siguió avanzando a toda velocidad por la autovía en dirección a Trapani, como si huyeran de algo.

Ciccio se agarró con fuerza del manubrio de la puerta. Ciccio, al que llamaban el Gordito debido a la robustez de su cuerpo, era tan lento como un varano anestesiado. Lo habían asignado a su equipo de seguridad hacía poco, y Serena sospechaba que, si en alguna ocasión los atacaban, Ciccio se haría el muerto, sin más. Lo más peligroso en él eran sus ojos de color lila, que parecían destinados a otra persona.

«Si vienes, te cubriré de saliva», le escribió el hombre que ahora la esperaba.

Serena se puso a leer sus documentos. Actas de interrogatorios, transcripciones de conversaciones telefónicas del entorno de Lombardo. Solo poner escuchas a sus diez o doce amantes implicaba un gasto enorme. Una de ellas sufría desde hacía poco una enfermedad venérea. Tras oírla hablando por teléfono con su médico, empezaron a vigilarla noche y día. Si Lombardo le había pegado una enfermedad, eso significaba que habría estado con ella hacía poco. Pero, en fin, quizá se la había pegado otro hombre. De ser así, pronto estaría muerta. En el caso de otra de las amantes, sospechaban que estaba a punto de recibir visita de Lombardo, ya que había arreglado una cita para que la atendieran en la peluquería más cara de Palermo, lo cual era bastante inusual. Normalmente era una amiga la que le teñía el pelo. También les habían puesto escuchas a las ex. Una de ellas vivía ahora en Alemania, así que el papeleo para recibir un permiso de los alemanes para ponerle escuchas implicaba unas guerras frente a las que la campaña de Rusia era un simple juego de niños.

También tenían bajo estricta vigilancia a uno de los recaderos de Lombardo, un carnicero del Borgo Vecchio. Serena lo vigilaba desde hacía meses. Escuchas, cámaras

de vídeo y rastreadores por GPS, el programa al completo. Oían al tal Cataldo hasta cuando iba a mear. Hacía dos días, el carnicero había recogido un *pizzino* en una ferretería del casco histórico. Un papelito sellado con cinta adhesiva. Confiaron en que se lo llevara de inmediato a Lombardo. Y los llevara, además, a ellos.

«Te besaré los lóbulos de la oreja, la parte interior de los brazos, las corvas de tus rodillas», le escribía el hombre.

Serena les había dejado bien claro a Mimmo y a Ciccio que en Levanzo bastaría con un solo guardaespaldas. A Ciccio no había costado nada convencerlo para que pasara el fin de semana con su familia en Marsala.

En Trapani se subió con Mimmo al catamarán y se sentó en una de las primeras filas, desde donde podía contemplar el horizonte. Se mareaba con facilidad. A su lado iban dos inglesas que se abrazaban para hacerse un *selfie* con un móvil montado en un palo.

Mimmo se ofreció para ir a buscar un *espresso*. A pesar de su delgadez, se lanzó de cabeza a la ola de pasajeros que se le abalanzaba de frente, se abrió paso por entre mujeres gordas con niños berreando y pálidos turistas ingleses aferrados a sus maletas; al cabo de un rato regresó con el vaso de plástico y un pedazo de *nougat* que le entregó sin decir palabra.

Eso era lo agradable del trato familiar con un guardaespaldas durante muchos años: conocía mejor sus preferencias que algunos de sus amantes. Por su parte, ella conocía todas las historias de Mimmo con turistas noruegas y españolas (aunque más españolas que noruegas, ya que las nórdicas se tomaban lo del amor siempre demasiado en serio), también con una nigeriana a la que había ayudado a liberarse de su chulo, así como con la única siciliana cuyas cartas de amor llevaba todavía siempre consigo en la cartera, aunque la historia databa ya de hacía diez años.

«¿Cómo vas vestida», le escribió el hombre.

Serena se miró. Llevaba unos vaqueros y zapatos deportivos. Pero le escribió: «Medias de red. Y un vestido negro muy ajustado».

«¿Y debajo del vestido?»

«Nada».

En el monitor situado encima de ella daban las noticias del día, sin volumen. El Primer Ministro anunciaba otra vez algo. Alguna reforma que no lo era. Algo beneficioso que al día siguiente revelaría lo perjudicial que era. Lo llamaban El Señor de los Anuncios.

Pasaban, en ese instante, por delante de Favignana. Desde lejos la isla parecía una ciudad muerta. Torres de piedra, cimientos en ruinas, muros de toba volcánica de color amarillo. El mar centelleaba como un ópalo. Palermo, el Palacio de Justicia, las investigaciones, las actas de las escuchas, los informes, todo se alejaba de ella y se hundía en ese mar que parecía iluminado desde el fondo.

Pronto aparecieron delante de ella los contornos de piedra caliza de Levanzo. El sol pendía sobre el horizonte como una naranja roja, y se reflejaba en las gafas de sol de Mimmo, con sus destellos de color azul y verde, unas gafas que su guardaespaldas no se quitaba ni siquiera cuando oscurecía.

—Mimmo, ¿me harías un favor?

—Claro, *dottorè*.

«*Dottorè*» era la abreviatura siciliana de *dottoressa*. Una especie de apelativo cariñoso. Si se lograba que usaran con una esa variante del apelativo, significaba que la habían aceptado. Cuando a Michele la llamaban Michè, a Serena Serè y a la *dottoressa*, *dotorè*, se podía que se había llegado a Sicilia. Durante sus primeros años en Palermo, creyó que aquel apelativo era un rezago de siglos pasados. Hoy sabía que cuando la llamaban *La Dottoressa* ello no significaba un gesto de sumisión, sino una expresión de respeto. En fin, Sicilia.

—Me habías hablado de su amiga noruega que está pasando sus vacaciones en Favignana.

—Sí. ¿Y?

—¿Qué tal si la visitas esta noche?

Mimmo alzó los ojos, asombrado.

—Me llevas hasta la pensión Paradiso, y que luego el pescador te lleve hasta allí. Seguramente te acuerdas de él.

—¿El que siempre lleva a los turistas a dar la vuelta a la isla?

—Exacto, ése. Nosotros nos vemos de nuevo mañana por la mañana, ¿te parece?

Ella miró a las gafas de Mimmo, en las que se veía el reflejo ligeramente distorsionado de su cara, y vio cómo en torno a los ojos del guardaespaldas se formaba, tras los cristales, una roseta de risueñas arrugas.

—De acuerdo —dijo él, estirándose como un gato que se dispone a salir de caza.

—Pero... ¿Cuándo nos vemos mañana, *dottorè*? ¿A qué hora? Quiero decir, usted tendría que... yo tengo que decirle al pescador...

—Más tarde te mando un sms.

—*Perfetto*.

Eso le gustaba de Mimmo. No hacía preguntas. No había sospechas. Ningún pero. Nada de: «¿Y qué pasaría si el comité de seguridad se entera?»

Entraron al minúsculo puerto de Levanzo, que contaba con una calle, una tienda de ultramarinos, dos pensiones, dos bares, una tienda y una atracción para turistas. La tienda vendía objetos que nadie necesitaba (lámparas de aroma labradas a mano, chales de batik indios); la atracción consistía en algo que a nadie le interesaba ver (dibujos rupestres de la Edad de Piedra). Los dos bares y las dos pensiones se parecían como unos gemelos monocigóticos: la misma vista al mar, las mismas sillas de plástico apiladas, los mismos aperitivos, el mismo menú.

En un mundo en el que había que sopesarlo todo constantemente, en el que era preciso determinar y juzgar, Levanzo era el paraíso. Pasado un día, el sentido del tiempo desaparecía, y al cabo de dos, uno se convencían de que el mundo no era otra cosa sino mar, horizonte, chillidos de gaviotas. Al tercer día, contemplabas cambios de luz como en una película de ficción, de blanco a azul, de azul a rosa, de un chisporroteo dorado a un azul de penumbra.

—A la Pensione Paradiso —dijo Serena, y de inmediato el joven que esperaba en el embarcadero del puerto puso su maleta en la superficie de carga de la Ape.

—Pues, entonces... —dijo Mimmo, una vez llegaron a la pensión.

—Sí, hasta mañana —dijo Serena.

Serena abrió la puerta de su habitación y se dejó caer en la cama, que se mecía como un barco en altamar. Un encuentro secreto con un informante era más fácil de organizar que una cita con un amante. Al menos cuando una buscaba algo de extrañeza, algo distinto, y llevaba una vida entre guardaespaldas, en una limusina blindada y ante cámaras de vídeo que grababan cada uno de sus pasos. Pronto la noche caería como un paño negro, y nadie la vería cuando saliera a caminar por la Via Calvario.

Tumbada en la cama, le envió un sms al hombre.

«Erizos», escribió, «erizos y champán».

Él le respondió: «A sus órdenes».

Hacía tiempo que ella no lo veía. Desde su último encuentro habían pasado años suficientes como para que se interpusiera entre ellos esa sensación de extrañeza. Cuando leyó que él daría una conferencia en la Universidad de Palermo —en serio, una conferencia sobre la relación del amor y las arterias— ella le envió un sms burlón.

Él era cirujano, cardiólogo, especialista en mecánica muscular y reconstrucción arterial reconocido en todo el mundo. En fin: un héroe. Con cierta marcada tendencia al pathos. Alguien que, cada vez que la *Repubblica* le dedicaba algunas páginas de elogios, conseguía, con una única frase, levantar en su contra a toda la izquierda y a toda la derecha, cuando, por ejemplo, calificaba el sistema de salud pública italiano de tan corrupto como los propios políticos. Por eso ella le perdonaba su pathos. Además, lo de ellos era sexo. Nada más. Además, ¿quién ha dicho que un amante ha de ser necesariamente simpático?

Serena se duchó, se maquilló y se puso ropa interior de color negro. Con el dinero que había gastado por aquellas braguitas hubiera podido vivir todo un mes cuando era estudiante. Se puso las medias negras de redecilla, el vestido negro y los zapatos de tacón alto y caminó hasta la mansión: la única que destacaba majestuosamente entre aquellos dados de piedra caliza. Una mansión señorial, aristocrática, ruinoso, pero con una enorme terraza. Oprimió el botón del telefonillo y dijo:

—Soy yo.

Tropezó levemente cuando subía los escalones medio partidos. Él estaba detrás de la puerta, la introdujo en la casa de un tirón y la pegó a la pared, le levantó el vestido y le metió una mano entre las piernas. Cuando intentó besarla, ella apartó la cabeza. Sentía su respiración en su oreja y sus manos sobre sus senos.

—Tu corazón sigue siendo inaccesible —le dijo él más tarde.

—Vaya chorrada —respondió ella.

Con el orgullo del propietario, él la condujo a través de aquellos salones tan espaciosos como salas de baile, abriendo las puertas de par en par. Fuera, la luz de la luna se reflejaba en el mar, que centelleaba como una enorme superficie metálica. Él fue explicándole la decoración de cada habitación, su distribución, la historia del edificio. Había leído la historia de aquella mansión en cuatro revistas semanales distintas, tres periódicos nacionales y dos extranjeros. Cinco programas de televisión y un documental de media hora le habían dedicado a la afición de él por los juguetes de latón y por las marionetas, y también a su colección de pósteres de publicidad franceses del *fin de siècle*, a sus sujetalibros. Su vanidad la conmovía. Desvelaba al niño que había sido alguna vez.

Durante la cena, él se quejó por la introversión que ella mostraba. Conocía el tema. Era un ritual.

—Quisiera someterte —dijo él.

—Lo sé —dijo ella—. Pero, ¿acaso no haces lo mismo con tus asistentes? ¿Y también con las periodistas que te visitan en casa?

—Hay muchos tipos de traseros —dijo él—. Pero no con esa mente. Soy un putero sentimental.

Ella tomó el erizo que él había servido en una fuente sobre una pasta de huevos triturados. El viento entraba a través de las cortinas, que se inflaban como las velas de un barco. Estaban sentados ante una mesilla, en unas tambaleantes sillas estilo Imperio.

—Les he dicho a muchas mujeres cosas románticas, pero nunca se mostraron impresionadas. Pero cuando las he tocado, sí que ha funcionado. Tal vez sea eso, tal vez sean solo los instintos los que funcionan.

—Tal vez —dijo Serena, tomando otro bocado de erizo de mar.

—Tengo la sensación de que para ti no soy más que un caso antropológico interesante.

—Hum... —exclamó Serena, mientras la carne del erizo se deshacía en su boca.

—¿En qué trabajas ahora? —preguntó él tras acercarse a ella y acariciarle el muslo.

—Estoy en la orilla de un río —dijo ella—. A la espera.

—¿Y esa espera, es retribuida?

—A veces.

—¿Y en qué crees?

—En nada —dijo ella, al tiempo que escupía la púa de un erizo. Detestaba aquella encuesta proustiana.

Para anticiparse a la siguiente pregunta, ella le preguntó algo acerca de sus planes. Pero él ya le estaba hablando como si estuviera delante de un espejo: le habló de las dudas, del futuro, del zen, del sentido y del alma; de los cretenses y del azar, y añadió que al día siguiente estaba invitado en Palermo a la boda del hijo del presidente regional de Sicilia, en el hotel más elegante de la ciudad, el Villa Igiea.

—Sólo te diré una cosa: en caso de que te detengan, no podré hacer nada por ti.

Entre los invitados a esa fiesta figuraban por lo menos siete personas que estaban siendo investigadas.

Él la miró, perplejo, incrédulo. Luego soltó una risa, sirvió frambuesas con zumo de naranjas y limón en unos pequeños y delicados cuencos de cristal e inició un monólogo sobre el espíritu y la materia, sobre el espíritu y la razón, sobre el espíritu y el cuerpo. Como una bola de villar que, una vez golpeada, emprende su trayectoria trazada

de antemano. Hasta que ella se humedeció el dedo y se lo pasó por los labios. Entonces él la arrastró hasta el diván en el que era imposible permanecer sentado, sino solo en posición horizontal, y volvió a meterle la mano entre las piernas.

Le quitó las bragas, ésas que costaban una fortuna, y se la guardó en el bolsillo del pantalón.

Él la acompañó hasta la puerta y le besó la mano. Cuando Serena regresaba a través de la Via Calvario, sintió que su olor permanecía pegado a ella, como algo trágico. El tacón se le quedó atrapado en una de las grietas del mármol. Serena se quitó los zapatos y continuó andando descalza. Eran casi las dos de la madrugada.

Estaba a punto de llegar a la pensión Paradiso, cuando sintió vibrar su teléfono móvil. Era Paolo.

—Joder, Serena, ¿dónde te metes? Hace horas que intento localizarte.

—Ya sabes que en Levanzo no hay cobertura.

—Han arrestado a Cataldo.

—No lo dirás en serio.

Serena dejó caer los zapatos en el pavimento.

—Tienes que venir de inmediato a Palermo.

—¿Quién lo ha detenido?

—Hasta donde sé, han sido los de la unidad especial de carabinieri, el ROS. En todo caso, no ha sido la policía. He hablado por teléfono con Romano. Cataldo fue arrestado hace dos horas en su apartamento del Borgo.

—Mierda —dijo ella.

—Sí, mierda, claro. Tienes que venir enseguida. Te mandaré una embarcación desde Tapani.

—Y tú, ¿ya estás allí?

—¿Dónde?

—En el Borgo.

—Serena, te he dicho que estoy en Nápoles. ¿Es que no te acuerdas? El primer vuelo sale mañana por la mañana a las seis y media.

—No puedo creerlo.

Serena miró al mar, que se extendía ante ella como una sábana negra; entonces marcó el número de Mimmo y rezó. Al menos su teléfono tenía cobertura. Miró fijamente el punto rojo en la pantalla bajo el número de Mimmo. No respondía.

Tampoco Ciccio. «Mierda, mierda y mierda. Me cago en la leche». Pero era su culpa, su responsabilidad. Era su pecado. Y todo por querer pasar una noche entera alejada de la realidad. Había sido ella la que había puesto a Mimmo y a Ciccio en tal jodida situación. «PENA DISCIPLINARIA, DESTITUCIÓN, SUSPENSIÓN DE SU CONDICIÓN DE FUNCIONARIA», fueron los titulares que empezaron a parpadear en su mente, en letras mayúsculas: un carabinero no puede dejarse convencer con chorradas, y mucho menos por la persona a la que tiene que proteger, tan chiflada como para mandar a casa a sus guardaespaldas por pasar una noche con un cirujano vanidoso. «¿Estás en tus cabales, Serena?»

Corrió hasta la casa en la que vivía el pescador, se arrojó contra la puerta y empezó a golpearla hasta que éste, medio dormido, le abrió y miró a Serena fijamente, como a una aparición. Acto seguido, ella se echó a llorar. Las situaciones excepcionales exigen medidas excepcionales. Entre lágrimas, masculló algo relacionado con una emergencia, con un tribunal, con un peligro de fuga. Policía, peligro de muerte.

Y funcionó. El pescador hizo acopio de todos los títulos honoríficos de los que se acordaba: «Pero, por supuesto, *Signora Dottoressa, mi perdoni Signora Giudice... Voglio dire... Signora Procuratore...*», para luego, viendo que la mujer lloraba aún, desconsolada, meter la mano hasta el fondo del cajón de títulos y decirle a su *Eccellenza*: «*Non si preoccupi*», al tiempo que le aseguraba que estaría de vuelta con Mimmo a bordo, vivo o muerto, tan pronto como fuera posible.

Su Excelencia estaba de pie, temblando, bajo la luz fría de la luna junto al muelle, mirando fijamente la negrura del mar, y empezó a rezar como hacía cuando era niña. «Claro, iría con su madre a la procesión de Santa Rosalia. Y también a la de Viernes Santo. Le encendería una vela a la Madonna Inmacolata. Y otra al Crucificado. De verdad. Lo juro».

Por fin vio una luz. Pero no era la de la embarcación del pescador. «¡Mierda! Primero te doy la oportunidad de demostrar tu existencia, y ahora esto».

Resignada, Serena se dejó caer en uno de los bolardos de hierro del puerto y se cubrió la cara con ambas manos; pero entonces oyó un zumbido que llegaba desde la dirección opuesta. Era el pescador. Y Mimmo. Le alcanzó el tiempo todavía para darle unos billetes de propina al pescador antes de que, poco después, atracara en el puerto la embarcación de la unidad móvil especial. Ahora solo faltaba Ciccio. «Dios mío, hazlo. Ciccio, Ciccio, Ciccio».

Por suerte, Mimmo tenía el número del teléfono fijo de Ciccio en Marsala. Le salió la mujer. Con tono de reproche. ¿Mi marido? Durmiendo. ¿De qué se trata?

Dos horas después iban todos sentados en el Lancia blindado, viajando a toda velocidad en dirección a Palermo. Poco a poco desaparecía la tensión que se había acumulado en ella. Llamó a Paolo.

—¿Quién te informó?

—La *Questura*. O mejor dicho, el *maresciallo* que ha estado vigilando a Cataldo. Por lo visto, la fiscalía alemana ha ordenado su arresto. Una comisión rogatoria. La Interpol. Lo habitual.

—¿Una fiscalía alemana? Esto es increíble. ¿Y de dónde?

—De Dortmund o de Duisburg, alguna ciudad con D. En cualquier caso, Di Salvo dijo que sí a todo.

—Claro —dijo Serena—. ¿Qué otra cosa iba a hacer?

En el coche no se escuchaba nada salvo el ruido del motor, el viento en contra y los zumbidos de la radio. El tacómetro marcaba los ciento ochenta kilómetros por hora. Poco a poco empezaba a clarear. En el mar aparecieron los contornos de la Isola delle Femmine.

Serena intentó llamar a Romano. Nada. No tenía cobertura. Ni en el teléfono del trabajo ni en el privado. «Mierda».

¿Por qué se le había ocurrido la idea de reemplazar su fiel y viejo BlackBerry por esta porquería? Al viejo aparato le faltaban las teclas, se había caído al suelo miles de veces, pero seguía funcionando. Cuando lo desechó, se había sentido tan mal como si hubiese abandonado a un viejo amigo. Como hipnotizada, se quedó mirando las rayitas que indicaban la cobertura del iPhone. No había red.

—No lo entiendo —dijo Serena—. Es la Ley de Murphy.

—¿De Möri? —preguntó Ciccio—. ¿No es ése el fiscal napolitano que tiene un nombre inglés? ¿En que imputó a Berlusconi por falsear los balances financieros?

—Tonterías —dijo Mimmo—. Möri está emparentado con la familia Ingham-Whitaker.

—¿Los que crearon el vino Marsala?

—Sí, Möri tuvo alguna relación con la rama palermitana de la familia. Eso leí.

—Chorradas —dijo Serena, impaciente— Solo he usado una expresión, un axioma.

—¿Un axioma?

—Lo que está para salir mal, sale mal como sea.

Wieneke llegó a la terminal de llegadas del aeropuerto y lo vio desde lejos. A un alemán rubio de 1,90 de estatura no se lo pierde de vista entre tantos sicilianos. A su alrededor, la vida borboteaba: gente abrazándose, besándose, gritando de entusiasmo, llorando de alegría, y aquel tipo de la prensa estaba allí de pie como un faro azotado por el oleaje. Incluso cuando los sicilianos hablaban del estado del tiempo, ello se asemejaba al tercer acto de una tragedia griega, por no hablar ya del momento en que mostraban su auténtica alegría por un reencuentro. Y esa alegría borboteaba en esta terminal como un tsunami de sentimientos.

El hombre de la prensa llevaba un cartel en el que podía leerse «W. Widukind Wieneke». Eso puso a Wieneke como una fiera. En sus correos electrónicos, él había usado la variante habitual de su nombre: «Wolfgang W. Wieneke». Probablemente aquel responsable de prensa habría sacado el segundo nombre, Widukind, de la entrada en Wikipedia. Hacía una semana Wieneke había librado una batalla con Wikipedia, con algún gilipollas de la administración que después de tres mil correos electrónicos aún no entendía que Wolfgang Widukind eran sus dos nombres oficiales, pero que él otorgaba valor a que lo llamaran, simplemente, Wolfgang. Wolfgang W. (un punto) y luego Wieneke.

—Hola, señor Widukind —le dijo el de la prensa.

—Llámeme señor Wieneke, por favor —le dijo Wieneke.

El hombre de la prensa tenía el pelo decolorado a causa del sol y la piel bronceada. A su lado, Wieneke se veía tan pálido como si lo hubieran mantenido encerrado en un sótano para guardar patatas. Lo cual, en cierto modo, era cierto. En los últimos cinco años no había osado a tomarse vacaciones ni una sola vez. «No ha regresado de un viaje al territorio enemigo del Atlántico», se decía en el *FAKT* cuando algún colega era despedido durante sus vacaciones. Los despidos en ausencia eran la especialidad del redactor jefe. Así no tenía que soportar escenitas ni lágrimas. Cualquier tiempo de vacaciones que superara los tres días implicaba el riesgo de que un redactor más joven, barato y ambicioso ocupara el puesto.

—Me alegra que nuestro encuentro se haya concretado —le dijo aquel *beachboy*—. El señor Jützenbach le espera a bordo.

—Lo cierto es que no ha dependido de mí —le dijo Wieneke en tono suspicaz.

El hombre de la prensa lo miró irritado, pero se controló de inmediato. Adoptó entonces un tono familiar. Dijo que lamentaba haber tenido que darle largas, pero que se alegraba de que Wieneke hubiese mostrado tal comprensión por las dificultades organizativas. Etcétera, etcétera.

En un primer momento, la entrevista debía realizarse en París. Luego en el castillo de Jützenbach en la región de Münster, que Wieneke quería visitar a toda costa, ya que había su dueño había decorado una sala con trofeos de caza: búfalos indios, impalas, y hasta una boa constrictor disecada; había lámparas hechas con cornamentas de venados y una pared forrada con pieles de mapaches cazados por él mismo, en cuyos ojos había unos diodos rojos o verdes que parpadeaban y ahorran energía y que habían sido adoptados por la TÜV. Al final, la entrevista fue planificada para la mansión de Jützenbach en Cerdeña. Y ahora la harían en el velero del magnate, que se encontraba de gira por el Mediterráneo. Wieneke se había visto obligado a cambiar sus vuelos cada dos días. Pero cuando se trataba de Jützenbach, a su jefe nada le parecía caro. Cualquier famosillo del tres al cuarto podía contar con una columna en *FAKT*, con alguna entrevista o con alguna sátira salida de la pluma del redactor jefe. Un año atrás, *FAKT* le había dedicado a Jützenbach una portada con el titular de «El industrial de corazón verde».

—¿Me permite que le lleve su maleta? —le preguntó el hombre de la prensa—. Nuestro coche está no muy lejos de aquí.

—De ningún modo —dijo Wieneke, que se aferró a la maleta, mientras intentaba en vano recordar cómo se llamaba aquel tipo.

Ya en el exterior, sintió como si un gigante le arrojara su aliento cálido a la cara. Un viento colmado de arena del Sahara que, como cristalitos diminutos, se metían directamente en los ojos de Wieneke. De nuevo había olvidado las gafas de sol. No había dado ni tres pasos cuando la camisa empezó a pegársele al cuerpo como una bolsa de plástico. Wieneke caminaba en dirección al aparcamiento y notaba que el portavoz de prensa de Jützenbach llevaba unas chanclas de color verde fosforescente. Era gay, sin duda. Y vivía en unas permanentes vacaciones. Pero Wieneke no quería mostrarse mezquino. Hasta el momento de aterrizar, haría un cuarto de hora, no había creído

posible que fuera a pisar de nuevo tierra siciliana a costa de *FAKT*. Porque Palermo era su Stalingrado. Y ahora estaba de nuevo allí.

Buscó en su teléfono el último correo electrónico. Por fin. Sí, claro, este gilipollas de la prensa se llamaba Schmidt. Pero daba igual. No hacía más que parlotear. Sobre el jet privado de Jützenbach (un Falcon F7X), sobre su helicóptero (Augusta AW 139, edición limitada), sobre el yate a velas (hecho a base de fibra de carbono y chapa de madera de raíz).

—No lo lamentaré —le dijo Schmidt—, todo es de máxima calidad.

«Qué majo el *beachboy*». Como si a él, a Wieneke le interesara un pimiento la decoración del yate.

Por lo visto, aquel relaciones públicas, Schmidt, interpretó el silencio de Wieneke como interés en su persona, de modo que se explayó a contar cómo él mismo había presentado una vez una solicitud para trabajar en *FAKT*, poco antes de que Jützenbach le hiciera su oferta. Y aunque a veces sentía el prurito de volver a intentarlo, le alegraba no tener que estar metido en la rutina diaria del negocio. Aquí conocía a mucha gente y viajaba mucho, ayer mismo había volado de Palermo a Stuttgart, ya que Jützenbach había querido ver a su hija en un concurso hípico.

Wieneke lo miró de soslayo, compasivamente. Ante cualquier crisis en un periódico, por mínima que fuese, este pendejo dejaría al momento de ser periodista para convertirse en un esclavo, un jodido relaciones públicas. No era de extrañar que no lo aceptaran en *FAKT*.

Fuera, Sicilia pasaba volando a su lado. A la izquierda, el mar; a la derecha, la tierra parda de color quemado. El conducto del aire acondicionado le echaba un aire helado en la cara. Wieneke intentó desviar el flujo de aire frío, pero en ese momento Schmidt se disculpó por haber puesto tan alto el climatizador. Mientras conducía, las piernas de Schmidt chocaban contra el volante, lo cual le permitió a Wieneke reafirmarse en su convicción de que el mero tamaño no significaba nada.

—¡Ese barco es un milagro de tecnología y elegancia! ¡Casi ciento ochenta pies de eslora! —dijo Schmidt, mientras Wieneke veía el dorado anillo de bodas en su dedo corazón derecho. Este maricón estaría casado seguramente con algún entrenador de gimnasio cubano.

—El señor Jützenbach se alegra mucho de poder concederle esta entrevista. Ha oído hablar mucho de usted.

Wieneke alzó un poco el labio superior y mostró los colmillos. Le importaba una mierda caer simpático o no. La entrevista apestaba. Era una de esas basuras para hacer publicidad. Tillmann, su jefe, no lo había llamado a su despacho, sino que se había presentado en el suyo, si es que se le podía llamar despacho a aquella ratonera. Ni a un perro se lo trataba de ese modo. Tillmann se mofó brevemente del póster del Che Guevara que Wieneke tenía en su cubículo, pero no se dio cuenta de que era un póster irónico. La ironía, sin embargo, había llegado a su fin en *FAKT* desde que Tillmann era el jefe de redacción. Éste había puesto su trasero sobre el escritorio de Wieneke y le había dicho: «Usted es mi hombre».

Wieneke había sentido un breve escalofrío. Tillmann estaba sentado encima del escritorio y estiraba las piernas hacia delante. Las alzaba y las bajaba mientras hacía círculos con los pies, hacia dentro, hacia fuera, como si no estuviera sentado en un cubículo de prensa, sino en un gimnasio.

—Ya sé, Wieneke, ya sé que ha pasado usted por una dura etapa —le dijo, frotándose los tobillos con un masaje, como tras un ejercicio de estiramientos.

«Lo que faltaba: el numerito psicoanalítico». Wieneke hizo ademán de justificarse, pero entonces Tillmann lo interrumpió para decirle que él ya sabía, pero que a un hombre como él no se lo liquidaba así de fácil.

Wieneke alzó la vista brevemente. Con algo de recelo. Pero, al mismo tiempo, halagado. Ni bajo tortura habría confesado lo mucho que sufría por el hecho de que Tillmann no lo hubiera convocado para el equipo de investigaciones. A Wieneke la idea de ese equipo le parecía una idiotez —antes él solo había armado las grandes historias, y ahora, para cualquier simple escándalo inmobiliario, se convocaba a todo un enjambre de escolares—, pero, ¿quién, sino Wolfgang W. Wieneke, el motor diesel de todos los reporteros de investigación, merecía estar en ese equipo? Sin embargo, desde pasó aquella historia en Palermo su posición en *FAKT* ya no era la mejor. Desde entonces él solo prestaba pequeños servicios internos. Textos breves, pies de fotos, pesquisas en Google. Wolfgang W. Wieneke, el periodista que resolvía todos los problemas. El que, con un poco de suerte, podía reeditar un recuadro informativo.

—Está bien —dijo Wieneke.

—*FAKT* no puede renunciar a personas como usted. Aunque sus porcentajes en el último ReaderScan no fueron excepcionales.

Y ahora, para colmo, esta musiquilla. Wieneke intentó respirar para sus adentros. Desde hacía algún tiempo, *FAKT* era cliente de una agencia que cobraba millones por

hacer que unas cien personas marcaran con un lápiz lo que habían leído. Gracias a ello se sabía que los textos bien escritos se leían mejor que los mal escritos. ¡Genial! O también que la gente quería leer lo que ya habían leído en otra parte. ¡También genial! La página cultural era considerada la asesina de esos porcentajes de lectores, lo cual, para Wieneke, estaba bastante justificado. Pero, en fin, era comprender que un artículo titulado «Durs Grünbein en gira de lecturas por México» espantaba a cualquiera no se necesitaba un ReaderScan. Además, desde que a todo esto se había sumado *google analytics*, se sabía qué textos habían sido descargados y con cuánta frecuencia, cuánto tiempo la gente permanecía leyendo una página, qué enlaces había clicado, o cuándo los lectores habían abandonado el artículo; se sabía, asimismo, que las mujeres no entendían los chistes (Francesca no se había reído ni siquiera con su chiste sobre los *carabinieri*: «¿Qué hacen dos carabinieri cuando ven una serpiente? Pues, ponerse en fila»), y que todo lo que no encajara en su concepto era destrozado por antifeminista (como hicieron con su último chiste sobre las rubias). Se sabía también que el último reportaje de Wolfgang W. Wieneke sobre estafas en las ventas de seguros no le había interesado a nadie. Lo que ahora se hacía en *FAKT* ya no era periodismo, sino toda la porquería que se conoce de los llamados Social Media.

—Quiero una entrevista con Jützenbach. Quiero saber cómo piensa. Qué cosas le hacen sufrir. Lo que ama. Y lo que odia, claro.

Wieneke suspiró. El *Bild* había publicado la semana anterior una entrevista con Jützenbach.

—Para esa entrevista con Jützenbach lo quiero a usted, a nadie más.

—Hum —exclamó Wieneke.

—Me alegra su entusiasmo —dijo Tillmann.

Wieneke se enderezó en el asiento.

Tillmann aguzó los ojos y dijo en voz baja:

—Se lo digo muy en serio: es usted mi hombre, Wieneke. Conozco bien a Hans-Ulrich Jützenbach y quiero asegurarme de que esta entrevista la lleve un colega experimentado.

—Gracias —dijo Wieneke con voz ronca.

—Haré que le comuniquen de inmediato con su oficina para que pueda concertar una cita.

—Con mucho gusto —dijo Wieneke.

«Una entrevista de cariñitos con un ricachón. No se podía caer más bajo».

—Percibo su entusiasmo —dijo Tillmann—. Un fuego interior arde en usted. Tiene usted un corazoncito de reportero, y eso se nota. Y eso es justo lo que la revista necesita en este momento.

Wieneke se revolvió en su silla. Hacía poco que *FAKT* había quedado dividida en páginas calientes y páginas frías. Estas últimas se reservaban a las noticias sobre economía o a cierto periodismo de investigación. Las páginas calientes contenían historias sobre budistas o personas solteras, o sobre el retorno de los rellenos asados a base de ternera. Psicoanálisis de los estudios de mercado.

Tillmann habían anunciado en el último consejo de redacción que *FAKT* tendría que volverse más caliente, más agresiva, más femenina, más redonda. De modo que el siguiente artículo de cabecera fue «¿Qué comen los alemanes realmente?». Wieneke notó cómo se ruborizaba. Entonces se volvió rápidamente hacia la ventana. Llovía. Unas pocas gotas caídas de unas ralas nubes. Tillmann se levantó y salió del cubículo de Wieneke. Caminó ligero como una pluma, con las manos metidas en los bolsillos del pantalón. Sin darse la vuelta.

La autovía estaba vacía, el mar parecía de piedra. El *beachboy* hablaba por teléfono. Hablaba con los tripulantes del *Blue Star*, que navegaba ahora ante las costas de Palermo, camino de las Islas Égadas. Con el Smartphone sujeto entre el hombro y la mandíbula, intentaba esclarecer dónde debía subir Wieneke a bordo. Una vez acabó la conversación, dijo, a modo de disculpa:

—El único problema en mi trabajo es que con ÉL no se pueden hacer planes. Cuando le parece bien, lo deja todo plantado y se larga una tarde a la Oktoberfest en Múnich.

—Entiendo —dijo Wieneke, que esperaba que pronto se acabase aquella cháchara familiar. ¿Acaso aquel tipo no tenía un barbero al que contarle sus asuntos?

La semana pasada ÉL había aprovechado la travesía del velero para invitar a sus amigos en los negocios a un gran banquete. Había alquilado para ello todas las instalaciones del templo griego de Selinunte. Un aperitivo con *granita* siciliana y una cena delante del santuario de Hera.

—¿De veras? —dijo Wieneke, sacando su cuaderno de apuntes.

—Una mágica noche de luna llena —dijo Schmidt, con tono ensoñador—. En torno a nosotros no se respiraba más que el aliento de la Antigüedad clásica, el canto de un par de grillos y la voz de Viky Leandros, que vino especialmente para la ocasión.

—Estupendo —exclamó Wieneke, intentando esbozar una sonrisa, aunque la mera idea de una cena con todos esos magnates en un sitio arqueológico lo ponía hecho una furia. Pero Italia estaba en ruinas, así que todo, prácticamente, estaba en venta, incluidos los templos griegos.

Schmidt le recitó toda la lista de invitados: ejecutivos del Deutsche Bank, herederos de la BMW, el consejo de administración del Postbank y del Westfälische Landesbank, dos directivos de Energy-NRW, el ministro de recursos energéticos de la Baja Sajonia. El presidente regional de Renania del Norte-Westfalia, algún senador siciliano o no sé qué primer ministro. Y el portero del Borussia Dortmund.

—¿En serio? ¿También él? —preguntó Wieneke.

—¿Quién? ¿El presidente regional?

—No, el portero.

—Todo fue publicado en la revista *Gala* —dijo el portavoz de prensa.

Wieneke dejó caer su cuaderno de apuntes.

—Pero los nombres estaban en letras muy pequeñas, en la parte dedicada a las celebridades.

—*Gala* no es aquí el problema —dijo Wieneke, magnánimo—. Ésos no son nombres para *FAKT*. Nuestra revista espera mucho más. Ejecutivos de Goldman Sachs, Al Pacino y los magnates del acero indios. Cosas por el estilo.

Eso estaba hecho. Contento, Wieneke estiró los brazos.

—Debe venir un fotógrafo también, sino me equivoco, ¿cierto?

—Así es —respondió Wieneke.

—Un colaborador siciliano de *FAKT*, según oí decir.

—Así es —dijo Wieneke.

—¿No habría sido mejor que él lo acompañase?

—No, el fotógrafo vendrá mañana, directo para la entrevista —le respondió Wieneke. Lo que le faltaba, que Giovanni estuviera ahora también aquí.

—ÉL (ya sabe, Jützenbach), quiere salir a pescar atunes en la costa de Favignana —dijo Schmidt—. Se lo digo confidencialmente, pues supongo que para su fotógrafo eso sería un motivo rentable. ÉL se pone como loco después de la *mattanza*. Así llaman aquí a la caza del atún. Eso ya lo he aprendido.

—La pesca del atún no sería un tema para *FAKT* —aclaró Wieneke—. Quizá, a lo sumo, la foto de un ricachón masacrando su captura. ¿Funcionaria?

—Pero, ¿y si a ÉL le entran ganas de pescar atunes?

—Pues tendrá que hacerlo en otro momento.

Wieneke no se convertiría en el hazmerreír del ramo. Faltaría más. Una semana aguantando una avalancha de mierda sobre persona estaría garantizada con eso de la matanza del atún.

Pasaron Palermo a través de una carretera de salida, y Wieneke lamentó no poder ver más de la ciudad aparte de aquellos túneles y circunvalaciones, los silos de hormigón y las grandes naves del polígono industrial. Al final llegaron a un sitio de color arenoso y casas en forma de dados. Al borde de la carretera no había más que palmeras reseca, bolsas de plástico y cajas de cartón. La luz estaba envuelta en una bruma. O tal vez se tratase, simplemente, del polvo de arena disuelto en el aire, que ahora enturbiaba la vista hacia el mar. Un muro de hormigón sobresalía hacia el mar como un dedo extendido; a su lado, una playa con embarcaciones medio carcomidas, sandías reventadas, botes de detergente vacíos y miles de preservativos. A lo largo del malecón había coches con los cristales rotos que le recordaron a Wieneke su primera visita a la isla. En un NSU Prinz. Sicilia era un sitio conmovedoramente anticuado.

Schmidt hablaba otra vez por teléfono. Ahora decidió que era mejor esperar en un bar y tomar un café hasta que ÉL llegara. Cerca solo había un bar diminuto. Uno en el que conocían a Jützenbach desde que era un niño, ya que su padre, Jützenbach *senior*, solía frecuentarlo durante sus recorridos veraniegos en su yate.

El bar se encontraba no muy lejos de la playa y parecía como si el mundo no hubiera girado desde la década de 1960. Cortinas atrapamoscas a la entrada, luces de neón, un ruidoso aire acondicionado y un televisor en el que pasaban un partido de fútbol. Sobre la puerta colgaba una imagen de la Madonna. El barman saludó con aire soñoliento y frotaba con fuerza el abollado acero inoxidable de la barra. Schmidt le dio una palmada en el hombro e intentó entablar una conversación, pero el hombre reaccionó chasqueando la lengua y continuó limpiando el mostrador con su trapo gris. En Sicilia las bocas estaban cosidas. Eso ya se sabía.

Wieneke ya se disponía a salir para fumar un cigarrillo, cuando, de repente, el barman pareció revivir. Bajó el volumen del televisor y alzó el mentón en dirección a la puerta. La cortina atrapamoscas se partió en dos cuando un grupito de hombres de piel bronceada irrumpió en el bar. Todos tenían el pelo quemado por el sol, llevaban bermudas y polos blancos. Como perros de caza excitados, rodeaban a un hombrecito recortado y feo, con barba, que llevaba en torno al cuello un chal de color lila que parecía más uno de aquellos pañales teñidos de los años ochenta. Mientras Wieneke se

preguntaba todavía si el enano del pañal en torno al cuello podría ser realmente Jützenbach, el hombre de la prensa lo presentó. Wieneke adoptó una sonrisa y conectó al instante su tono de charla informal. Que cuánto se alegraba de poder conocerlo finalmente, de cuánto entusiasmo ponía su redactor jefe al hablar de él, de su compromiso con la ecología y de su pasión por los deportes de velas.

Wieneke no podía hacer otra cosa. En cuanto la redacción lo enviaba a alguna parte, echaba a andar un piloto automático distinto. Daba lo mismo que fuera una chorrada publicitaria o una historia de investigación de suma actualidad. Wieneke ponía todo su empeño. Un profesional calzaba siempre el mismo número, ante cualquier circunstancia. Los jóvenes periodistas, con sus polos de capucha, que se dejaban crecer barbas cerradas y bebían a sorbos litros de *latte macchiato*, conocían el mundo solo a través de Google Street View y no sabían nada, por supuesto, de lo que se es cuando a uno, en vez de sangre, le corre tinta de imprenta por las venas.

Una sensación de calidez le recorrió todo el cuerpo. Wieneke estaba en su elemento. Aunque fuera una entrevista de complacencia más. A fin de cuentas, a ese hombrecito le debía que Tillmann hubiese levantado la maldición que pesaba sobre él. Ya no estaba sentado en su zulo de Hamburgo redactando pies de fotos con vistas a las áreas de bajas presiones del Atlántico, sino en un bar parecido al decorado de alguna de las partes de El Padrino.

Sonriente, escuchaba a Jützenbach, que se estaba quejando en ese momento de que ayer, tras aterrizar en Palermo, había tenido que esperar dos horas en su avión privado hasta que verificaron toda su documentación. Ni a un narcotraficante los sometían a controles tan minuciosos como los suyos. Wieneke rió en señal de aprobación y quiso aprovechar ese pie forzado para aludir a sus experiencias en Sicilia. Pero antes de que pudiera hablar de sus investigaciones sobre la mafia y de sus contactos con capos sicilianos, le presentaron a toda la tripulación del *Blue Star*: el capitán, el timonel, los marineros, los camareros. En sus polos, bordado con hilo azul, estaban las iniciales del barco. Todos iban descalzos. Pies desnudos con arena de grano grueso pegado a los dedos. También los pies de Jützenbach tenían un poco de arena. Pies planos. Desde su época de Servicio militar en la *Bundeswehr*, Wieneke había desarrollado un buen ojo para ello. Todos llevaban sus pies desnudos como una condecoración. Con ellos daban fe de su pertenencia al club de los ricos, aunque se tratara, como en el caso de estos tripulantes, de figuras subalternas. Unos subordinados de aspecto atlético y musculoso. Con vientres como tabletas de chocolate. Wieneke

llevaba unas zapatillas que, aunque nuevas de paquete, parecían zapatos ortopédicos entre todos aquellos pies desnudos.

Wieneke dio un paso hacia la barra para beber su *espresso*, pero en eso se escuchó un alarido. Había pisado a un perro diminuto que se escabulló chillando por entre los pies de los tripulantes, los camareros y el capitán en dirección a una muchacha de cuya presencia Wieneke no había tomado nota hasta ese instante. Llevaba un caftán de color verde y dorado y una bolsa de playa teñida de negro en la que podía leerse Portofino y *Blue Star*. Por lo visto, era una de las compañeras de alcoba de Jützenbach. El perro era un *beagle* auténtico llamado Theodor. La joven era una mezcla exótica de nariz árabe, pero no tenía nombre.

El barman llamaba a Jützenbach *capo* y le servía pequeñas tapas que, al dar la primera mordida, Wieneke identificó como hechas a base de pescado. Algo con sardinas. Escupió discretamente el menjunje en una servilleta de papel e hizo como si también prestase atención a lo que decía Jützenbach, que ahora daba lecciones sobre la pesca del atún.

A un atún solo había que verterle una botella de ron Bacardí en las branquias, con eso lo derrumbas, dijo Jützenbach y añadió:

—¡Y luego lo hacemos *sashimi*, directamente a bordo!

Todos rieron. Wieneke se les unió en la risotada de una manera descarada.

El plan era cenar en el pueblo de pescadores llamado Porticello, en un restaurante junto al puerto que Jützenbach calificó de «auténtico». Como a todos los jefazos, a éste le gustaba también descender de vez en cuando hasta las proximidades del pueblo sencillo. Wieneke se metió un puñado de cacahuetes en la boca, cuando Jützenbach, sin mayor preámbulo, lo dejó plantado en medio de la frase. Los tripulantes lo siguieron, el perro se levantó de un salto y ladró con alegría, mientras que la joven marchó tras ellos, como anestesiada.

Jützenbach, el *beagle* y la joven subieron a una lancha rápida hecha enteramente de caoba, con revestimientos en madera de raíz. Una visión que a Wieneke le provocó una punzada, ya que los tablonces de caoba bien pulidos le recordaron que en su casa, en el salón, ni siquiera había estanterías de libros de nogal, sino unos armarios blancos comprados en billi, ahora ya amarillentos, los cuales venía arrastrando consigo a todas partes desde sus tiempos de practicante. Se propuso entonces, a su regreso, librarse de ellos sin sentimentalismos de ninguna índole y sustituirlos por auténticas estanterías de

madera de pino. Las planchas de madera prensada despedían vapores tóxicos incluso pasadas varias décadas.

El cielo, al anochecer, se derretía como una granizada, el color rosa se mezclaba con un amarillo vainilla, y las nubes nocturnas empezaban a iluminarse. Wieneke vio cómo las orejas del *beagle* volaban a causa del viento en contra, y subió al bote de goma junto con el portavoz de prensa. La lancha rápida no avanzó a lo largo de la costa, sino que salió hacia mar abierto.

—Es probable que ÉL haya pensado ahora en algún lugar distinto —dijo el *beachboy* Schmidt a modo de disculpa—. Tal vez primero quiera enseñarle a usted el *Blue Star*.

Wieneke asintió. Se mostró interesado, excitado. Casi entusiasmado. Por supuesto que Jützenbach pretendía, ante todo, mostrarle su nuevo juguete. Wieneke olía el yodo en el aire y sentía cómo la humedad de la noche se posaba en sus brazos.

La última vez que había visto un cielo estrellado como ése él era todavía un niño: allí estaban los planetas, los asteroides, las galaxias, todo al alcance de la mano. Era raro, uno jamás llegaba a acostumbrarse del todo a las estrellas, y en cada ocasión era como si las viese por primera vez. Intentó acordarse de algunas constelaciones, la Cruz del Sur, Volans, la Osa Menor, al tiempo que escuchaba cómo Schmidt gritaba de júbilo.

—Ahí está, ahí está —exclamó con tal alboroto que parecía haber sido testigo de la explosión de un meteorito. Excitado, señaló a un objeto centelleante a lo lejos, lo que Wieneke, en un primer momento tomó por la Osa Mayor, pero que luego pudo identificar como el mástil del *Blue Star*.

Antes de subir a la embarcación, tuvo que quitarse los zapatos. La navegación a vela era una buena oportunidad para los fetichistas de los pies. A continuación, metió sus calcetines en las zapatillas y vio cómo los miembros de la tripulación, antes de entrar al yate, se sacudían la arena con la ayuda de unos pequeños guantes.

Jützenbach estaba de pie en la cubierta y recibía a todos con un vaso de whisky en la mano; la joven estaba tumbada a su lado, entre cojines de seda, y también el *beagle*. Los camareros parecían comadreas a su alrededor, una rubia esbelta y alta le entregó a Wieneke una copa y se presentó como la mujer de Schmidt, lo cual le causó a Wieneke una momentánea irritación. Por otra parte, había millones de gays casados con mujeres. Aquella rubia tenía medidas de modelo y reveló ser una bibliotecaria de Berlín que acompañaba a su marido por un par de días, durante sus vacaciones, para un paseo en el *Blue Star*. Apareció entonces un tipo de aspecto pálido, probablemente algún

practicante, que se mantenía todo el tiempo bajo cubierta. Se acercó a Jützenbach portando en la mano unos papeles, pero el dueño del barco lo espantó como a una mosca, al tiempo que se explayaba a contar cómo el *Blue Star*, durante el invierno, navegaba por el otro hemisferio del planeta y llegaba hasta Uruguay después de tres semanas de travesía por el Atlántico. La última aventura de la Humanidad.

—Por supuesto —afirmó Wieneke, y asintió con un gesto de sabihondo, como si el día anterior hubiera cruzado el cabo de Hornos—. El hombre contra los elementos.

El barco se mecía como la cuna de un bebé, y los cubos de hielo tintineaban en los vasos de whisky. Mientras tanto, Wieneke tomó nota de los colores de los cojines de seda entre los cuales yacía aquella joven, inerte, como una muerta; apuntó algo sobre el tamaño del *beagle*, sobre los mechones rubios de la camarera y del whisky como copa de bienvenida. Jützenbach daba una de sus conferencias sobre lo humano y lo divino, sobre las Islas Égadas, más allá de las cuales estaba Cerdeña, el puerto de destino del *Blue Star*. En Mortorotondo.

Wieneke garabateó un pequeño signo de interrogación al lado del nombre: Mortorotondo. Un signo de interrogación significaba: ¡Buscar luego en Google!

La mansión de Jützenbach en Cerdeña estaba en venta desde que el Aga Khan había vendido su hotel a los árabes y Mortorotondo solo era frecuentado por los rusos.

Wieneke asintió con el conocimiento de causa del que vive de alquiler en un apartamentito de cincuenta metros cuadrados en Eimsbüttel, un suburbio de Hamburgo. Tenía que superar a toda costa la entrevista que el *Bild* le había hecho a Jützenbach. Por lo menos tendría que haber en ella algo que elevara los porcentajes de las una agencias. Aunque fuera una entrevista de complacencia más. A fin de cuentas, eso también era noticia.

Se propuso entonces escarbar un poco en Jützenbach. Se lo debía a su buena reputación.

Como siempre, Antonio Romano se cambiaba de ropa en el servicio de un tren de cercanías. Era ésa la manera menos llamativa de llegar a un sitio como un hombre y salir de él vestido de mujer. Se maquillaba bajo la escasa luz del lavabo, mientras el vagón se removía, por lo que le costaba bastante esfuerzo pegarse las pestañas postizas. Con cuidado, dio contornos a sus labios con un delineador, se puso la peluca (pelo negro con ciertos reflejos rojizos), visitó el corpiño y se puso las medias. Tenía consigo todo lo necesario para convertirse en una mujer perfecta, una faldita para esconder el pene, pechos de silicona (pechos naturales, ligeramente caídos), medias, una blusa blanca y una chaquetilla de cuero bien ceñida al cuerpo. También se tomó su tiempo para pintarse las uñas, lo cual no era nada fácil en aquel tren. Guardó los utensilios en su maleta negra y acolchada, que ocultaba en casa en el garaje y que, una vez llegado a Roma, entregaba en la consigna de equipajes de la estación de Roma Termini. Cuando atravesó la nave de la estación, notó las miradas de admiración de algunos hombres de negocio y se puso a dar pasitos breves, como una geisha.

Vestido de mujer había visitado ya los museos del Vaticano y la Villa Borghese. Hoy tomaría un té en el Café Greco y le alegraba la perspectiva de que los camareros lo trataran de «*signora*». Más tarde, después del mediodía, iría al departamento de diseño de una gran tienda. Se probaría un par de vestidos negros bien ajustados y se decidiría finalmente por una falda negra de color grafito y una delgada blusa de color amarillo. El amarillo era algo atrevido, pero ¿por qué no arriesgarse alguna vez?

En la caja, se cuidó muy bien de pagar en efectivo.

Cuando, al final de la tarde, subió en el último avión con destino a Palermo, se sentía tan relajado como si hubiera estado en unas termas.

Hojeó la nueva edición del *Espresso* que había comprado, ya que en ella acababan de publicar una historia sobre Alessio Lombardo bajo el título de «El inencontrable».

Lombardo era algo parecido a un espía magistral, la estrella pop entre los capos declarados prófugos de la justicia. En un pequeño recuadro, una entrevista con Di Salvo. También citaban una frase de Paolo de Luca que le molestó. Las investigaciones sobre Lombardo aún no habían acabado, por lo que era una estupidez despertar desde ahora a

los perros dormidos. Pero los napolitanos eran unos parlanchines. Romano no paraba de preguntarse que había visto en ese De Luca Serena Vitale como para reírle todos sus chistes. Probablemente se acostara con él. ¿Cómo podía explicarse, sino así, que se riera de todos y cada uno de aquellos estúpidos chistes napolitanos?

Pero, después de todo, en la historia publicada en el *Espresso* no había nada nuevo. La habitual fábula del incapturable, el invisible, el Absoluto, como los mafiosos llamaban a Lombardo. El retrato de una estrella, de un capo que tenía páginas de fans en Facebook, entre los cuales había también muchos policías. Esto último, por supuesto, no se mencionaba, pero a fin de cuentas así eran esos periodistas. Se embolsaban historias sin dar las gracias y luego las presentaban como investigaciones propias hechas a base de trabajo duro.

Romano contempló los retratos hablados de Lombardo con papadas, aunque confiaba en que el capo se hubiera hecho algún lifting.

En el fondo, Lombardo no le resultaba del todo antipático. No era un capo que se escondiera en algún establo de ovejas entre Partanna y Montevago, sino que se dedicaba a seducir a hermosas mujeres en hoteles de lujo, con un Rolex en la muñeca y una copa de champán en la mano, cuyo *perlage* sabía valorar bien. Lombardo era el más inteligente de los capos de la mafia, no era tan rancio como sus antecesores, en cuyos escondrijos se encontraban luego biblias, imágenes de santos y cedés con las canciones de los Pitufos. ¿Podía imaginarse una humillación mayor? Buscan durante décadas a un capo mafioso y, en el momento de arrestarlo, se comprueba que había estado escuchando en su escondite las canciones de los Pitufos.

Él esperaba más de Lombardo. Áticos de lujo con vistas al Coliseo, a la Torre Eiffel o a la Puerta de Brandemburgo. Con piscinas y televisores de pantallas tan grandes como pizarras escolares en cada uno de los diecisiete dormitorios. Nada de biblias, sino *Matadero cinco*. Nada de máquinas de escribir Olivetti, sino modernos Notebooks.

En el fondo, compartía los criterios políticos de Lombardo. «Mi escepticismo se dirige contra la clase política dirigente, no veo entre ellos a ningún hombre, sino solo a blandengues. Todos se doblan como las hierbas al viento, y el peor de todos es el que tiene el mando, un vulgar fanfarrón, y lo digo con conocimiento preciso de la situación», había escrito Lombardo en un *pizzino*. ¿Quién podía no darle la razón?

Lombardo había sido también el que había liberado a la Cosa Nostra de su estancamiento. El narcotráfico había caído en manos de los calabreses, los grandes

encargos públicos no eran más que un vago recuerdo, con el hormigón ya no se hacían grandes negocios, y los chantajes por secuestro eran un asunto arduo: lo recaudado bastaba apenas para cubrir los enormes costes para pagarles a las familias los gastos diarios que aquello implicaba; fue Lombardo, además, el primero en comprender el potencial que había para la Cosa Nostra en la llamada *green economy*: en ese ramo abundaba el dinero público, y las penalizaciones eran mínimas. Ya no haría falta ocuparse más tiempo de los homicidios y los asesinatos, ni de todo el aparataje logístico del tráfico con drogas. Bastaría solo con cobrar. Un riesgo mínimo con máximas ganancias. *Green economy*: eso no solo significaba viento y sol, sino también toneladas de hormigón empleadas en los fundamentos de las torres eólicas, y significaba también cabinas eléctricas, tendidos de alta tensión, carreteras que era preciso construir. Un negocio millonario, y todo controlado por Lombardo. Primero en Sicilia, y luego en el mundo entero. Una colaboración óptima con empresas del norte de Italia, y también con empresas alemanas o suecas. Pocas veces había funcionado mejor el modelo de negocio mixto entre las empresas, los mafiosos y los políticos.

Romano siguió hojeando el *Espresso*, vio fotos de camiones en cuya superficie de carga podía leerse: «Quien no quiere a Alessio no quiere a Sicilia». Al lado, las fotos de la pancarta con el lema *Alessio per sempre*, que había sido desplegada hacía poco en la curva sur de La Favorita, en el juego en casa del Palermo contra la Juventus de Turín.

Metió el *Espresso* en la bolsa del asiento que tenía delante.

Sí, claro, Lombardo estaba del lado equivocado, pero de todos modos proporcionaba cierta satisfacción comprobar que su búsqueda no era una cacería de palomas con tirachinas, sin una partida de caza en toda regla.

## 4

Cuando Serena Vitale llegó por fin al Borgo y se detuvo delante de la carnicería de Cataldo era ya casi de día. El cielo se abría en colores rosas y rojos por encima de los edificios. Las golondrinas canturreaban. Las gaviotas chillaban y alzaban las bolsas de

basuras para verter luego su contenido sobre la acera o en medio de la calle. Incluso encima de los contenedores de basura estaban las cintas del cordón policial. Delante de la puerta de la carnicería había un coche de los *carabinieri* en el que dormían dos miembros del cuerpo. Los dos calvos, ligeramente sudados, con caras pálidas de niños. Serena les tocó en el cristal de la ventanilla.

—¿Será posible echar un vistazo?

Los hombres despertaron, sobresaltados, y bajaron a toda prisa del coche.

—Sin aspavientos, señores —dijo Serena y pasó por debajo de la cinta del cordón. Los dos carabinieri la siguieron a toda prisa, llenos de excitación, intentando abrocharse los uniformes mientras avanzaban.

Serena entró a la pequeña vivienda que estaba detrás de la tienda. Dos servicios, un cuarto de baño.

Habían abierto de par en par las puertas de todos los armarios, sobre el sueño se amontonaban prendas de vestir, ropa de cama, manteles, cajas de poliespuma, fardos de papel, cuchillos de carnicero y cuadernos de páginas a rayas, los cuales, por lo visto, Cataldo usaba para llevar sus cuentas. Los cajones estaban desparramados por el suelo. Fragmentos de vidrio crujían bajo los pies de Serena. Un recipiente de agua bendita se había roto. Hasta los cojines habían sido arrancados del sofá y abiertos a cuchilladas. El trabajo de los forenses encargados de recoger las pruebas había sido, por lo visto, todo un éxito.

—El *dottore* Di Salvo autorizó la operación —dijo a modo de disculpa uno de los carabinieri con cara de niño.

—Sí. Se nota.

Serena esperaba a Romano. No solo porque no confiaba tanto en los carabinieri de la Direzione Investigativa Antimafia —que también—, sino, sobre todo, porque su unidad de investigación, que llevaba el bonito nombre de Tempesta, era envidiada por todo investigador antimafia entre Bolzano y Palermo y, a la menor oportunidad, su trabajo era boicoteado. A fin de cuentas, Lombardo era el peje más gordo de todo el país, no un jefe subalterno de uno de los innumerables clanes de la Camorra que se mataban mutuamente de forma constante; tampoco era uno de esos *Ndranghetistas* calabreses con sobrepeso que tenía que repartirse el poder con otras veintisiete familias que se odiaban y masacraban desde hacía siglos, sino la figura carismática que lideraba la única organización mafiosa organizada jerárquicamente, la Cosa Nostra, como había corroborado hacía poco el procurador nacional antimafia. Lombardo era la estrella.

Apenas podía una imaginarse una publicidad mejor para Lombardo. Cualquier carabiniere, cualquier policía que estuviera sentado, con sus auriculares puestos, delante de un aparato de escuchas, esperaba encontrar la frase que lo llevara hasta Lombardo y lo transformara en una celebridad. Del mismo modo, eran muchos los que intentaban evitar su detención. En el fondo, Serena solo confiaba en Romano.

En él y en los chicos de su unidad especial, la Tempesta.

Poco después, cuando tuvo delante a Romano, con sus hombros anchos y musculosos y sus hoyuelos en el mentón, pensó: «Cierto, el pelo empezaba a clarearle, pero comparado con el resto de la oferta, era todavía un tipo atractivo».

Romano miró hacia donde estaban los *carabinieri* y dijo:

—Vamos a echar un vistazo.

Los carabinieri asintieron, diligentes.

Serena entró a la vivienda de Cataldo y cogió uno de los cuadernos de rayas. En él Cataldo llevaba la cuenta de los rescates que había cobrado a distintas personas.

—En caso de que los colegas forenses hubieran pasado por alto algo más...

—Te avisaría... —dijo Romano.

© *De la traducción: José Aníbal Campos*

«Cuando uno habla con Petra Reski, la autora siempre tiene a mano tres ejemplos tomados de la realidad que han servido para las escenas de su novela. Y tales ejemplos son incluso más escalofriantes»

**Ijoma Mangold, *Die Zeit***

## Los rostros de los muertos

Hace años que las autoridades italianas andan detrás de él, el capo de la Cosa Nostra Alessio Lombardo, pero en vano. Este capo mafioso, que vive en la clandestinidad, parece ir siempre un paso por delante de sus perseguidores. Pero entonces la procuradora Serena Vitale asume la dirección de las pesquisas y muy pronto se tropieza con nuevos indicios, uno de los cuales la conduce hasta Alemania: allí no solo se encuentra con un cómplice y con una amante glamorosa del capo, sino también con la historia de su propio padre, que llegó a Dortmund como trabajador inmigrante. De repente la investigadora no sabe si su progenitor ha estado siempre del lado de la justicia. Pero Lombardo sigue desaparecido. Cuando un mafioso encarcelado se ahorca en su celda y Serena Vitale intenta esclarecer las circunstancias de su muerte, la procuradora se ve asediada por un enorme peligro...

### La biografía de Petra Reski

Petra Reski nació en 1958 en Alemania, en la región del Ruhr. Estudió en Trier, Münster y París, y se licenció en Literatura Francesa, Ciencias Políticas y Sociología. Gano el concurso de la Escuela de Periodismo de Hamburgo, la prestigiosa Henri-Nannen-Schule, y empezó su carrera en el semanario *Stern*. Fue a Italia en 1989 para escribir un reportaje sobre la llamada Primavera de Palermo y decidió quedarse para seguir investigando el fenómeno de la mafia. Actualmente es corresponsal cultural de *Die Zeit* y de varios periódicos alemanes mensuales y semanales, entre ellos *Geo*, *Focusy Merian*. Ha escrito diversas novelas y libros de divulgación. Justo después de la publicación de este libro, Petra Reski ha sido elegida **Mejor Periodista del 2008** en la categoría de periodismo de reportajes en Alemania. En Italia, por su dedicación «al servicio de los grandes valores del periodismo», ha recibido el **Premio Civitas 2009** de la asociación ANDE, que premia a mujeres que se han distinguido por su esfuerzo en la

lucha contrala mafia, y el **Premio internacional de periodismo Amalfi Coast Media Award.**